

suprema del Estado: mas ni se extinguió en la muchedumbre el ardor poético que hemos reconocido, al bosquejar la historia del arte latino-popular bajo el imperio visigodo ¹, ni se olvidaron tampoco los eruditos de las enseñanzas de las pasadas edades. Exaltada la primera por las hazañas de sus caudillos, las celebró en sus himnos guerreros, á la antigua usanza de españoles y visigodos, solemnizándolas al par con aquella manera de *danza bélica*, á que habia dado Isidoro el nombre de *chorea* ²: forzados los segundos á conservar la tradicion de las letras latino-eclesiásticas, reanudaban los estudios históricos bajo los auspicios de los príncipes, aspirando á restablecer el decaído influjo de las nociones clásicas conservadas en el memorable libro de los *Orígenes*.

Pero es lo notable que al propio tiempo que aparecian fuertemente eslabonados en el suelo de la Península Ibérica los elementos de cultura, á tanta costa allegados, contribuian nuestros ingenios á cimentar del lado allá de los Pirineos el cultivo de las disciplinas liberales, no sin mostrar que alentaba todavia en ellos la musa de los Prudencios y Draconcios. Ni puede causarnos ma-

¹ Cap. X, pág. 447 y siguientes.

² El docto obispo de Sevilla observaba, estableciendo la diferencia que existe entre el *coro* y la *chorea*: «Chorus est multitudo in sacris collectus, dictus chorus quod initio in modum coronae circa aras starent et ita psallerent... Nam chorea ludicum cantilenae, vel saltationes clasium sunt» (*Ethymol.*, lib. VI, cap. XVIII, *de Officiis*). Digno es de consignarse que esta manera de *saltationes* guardan estrecha analogia con la renombrada *danza prima* de los asturianos, cuyo origen se remonta, en sentir de respetables anticuarios, á las más remotas edades. Acompañada del canto, que interrumpe á menudo el grito tan peregrino como característico del *Ijújú*, prolongado hasta perderse en los ecos de la montaña, revela sin duda en su pausado y sencillo *contrapás* grande antigüedad y cierto aire bélico; siendo reputada como el habitual ensayo de una falange indestructible, muy conforme con la manera de pelear de los pueblos primitivos. Este sello especial ha dado ocasion á que se busque su origen en la antigüedad céltica, de que hemos reconocido en Asturias notables monumentos; pero si no es posible llegar á una demostracion histórica en este punto, reduceido el procedimiento de la *danza prima* á formar los hombres un círculo, cogiendo en la mano diestra su propia *pértiga* ó garrote, y asiendo con la siniestra el del compañero, y ejecutando así baile y canto, es evidente que guarda íntima relacion con la *chorea*, descrita por San Isidoro, si ya no es enteramente la misma.

ravilla esta influencia, cuando recordamos que sujeta no exígua parte de las Galias á la dominacion visigoda, habia fructificado en ella la doctrina de Leandro y de Isidoro, sometidas á una misma ley política y religiosa las dilatadas regiones que se extienden desde el Loira al Estrecho Gaditano. Unidas por estos antecedentes históricos, á que no eran del todo ajenos los orígenes de los moradores de una y otra vertiente del Pirineo, orígenes que debian reflejarse en breve en las esferas de la literatura vulgar ¹, no podia ser en modo alguno repugnante el que perpetuadas las escuelas isidorianas en las ciudades hurtadas al yugo sarraceno, cundiese de nuevo á las vecinas comarcas de la Galia Narbonense, y de allí á las demás naciones de Europa, la ciencia atesorada por los sucesores de los Tajones y los Bráulios.

Sin apartar la vista del siglo IX, ilustrado por la ciencia y la virtud de los mozárabes de Córdoba, registramos ya en la historia literaria de Francia y de Italia nombres de insignes españoles, cuyo saber era en una y otra nacion grandemente admirado, haciendo mayor su merecida nombradía la misma oscuridad é ignorancia, en que yacia á la sazón casi toda Europa. Tales son entre otros Teodulfo, obispo de Orleans, cátedra á que lo eleva Cárlo-Magno, al llamarle á su córte para dar cima con el celebrado Alcuino á los grandes proyectos científicos y literarios concebidos por aquel príncipe ²; Claudio, maestro del palacio impe-

¹ Es digno de tomarse en cuenta el estudio que respecto de este punto expone Mr. Fauriel en su *Histoire de la Poesie provençale* (tomo I, cap. VI), porque explica de un modo satisfactorio, ya que no concluyente, la estrecha analogia que existe entre la lengua y poesia provenzal y la lengua y literatura catalana. Al reconocer los orígenes de los romances hablados en la Península, nos haremos cargo de esta racional teoria con mayor espacio.

² Tiraboschi, apartándose del respetable Mabillon (*Analect.*, tomo I, página 426), del erudito Quadrio (*Stor. ogni poesie*, tomo II, pág. 86), y del diligentísimo Pagi (*In not. ad Ann. Baron.*, anno 835), asienta y sostiene con grande ahinco que fué Teodulfo italiano (*Storia della Letter. ital.*, tomo III, lib. III, pág. 201). Siguele en este punto Ginguené, asegurando que era de origen godo (*Hist. litter. d'Italie*, tomo I, cap. II); mas las investigaciones hechas por el abate Lampillas no dejan lugar á la duda sobre la patria de Teodulfo, pues que se apoyan en datos irrecusables, sacados de sus propias obras (*Saggio Stor. apolog. della letter. spagn.*, tomo II, Disertac. VI, § III).

rial, enviado por Ludovico Pio al obispado de Turin, para que derramase entre los italianos la luz de las letras sagradas ¹, y Prudencio Galindo, elevado á la silla de Troyes por su virtud y su sabiduría ². Ejercieron todos tres señalada influencia en el pa-

Lampillas alega tambien la autoridad de autores respetables y nada sospechosos, quienes de la misma suerte que Mabillon, Quadrio y Pagi, aseguran que vió Teodulfo la luz del día en España: entre otros cita á los autores de la *Gallia Christiana*, que se expresan del siguiente modo: «Theodolphus gothis Septimaniam, aut partes Hispaniae, Septimaniae vicinas incolentibus editus» (tomo VIII, pág. 1419). Recordando pues que la Septimania comprendia desde los confines de Francia hasta el Llobregat, se deduce que Teodulfo fué natural de Cataluña ó de otra region de España confinante con ella. Los autores de la *Gallia Christiana* publicaron tambien el siguiente epitáfio de Teodulfo:

Non noster genitus, noster habeatur alumnus.
Protulit hunc Hesperia, Gallia sed nutrit.

¹ El abate Tiraboschi dice sobre este punto: «Claudio..., come racconta Giona Vescovo di Orleans (*Praefat. ad litt. de cultu Imaginum*) e successore immediato de Teodolfo, nato in Ispagna è vissuto qualche tempo á la corte di Lodovico, ove dicesi ancora ch'egli tenesse scuola, sembrando, che qualche perizia avesse nella sposizione delle sacre scritture, fu per opera dello stesso Imperatore consecrato vescovo di Torino, affinché potesse nelle scienze sacre istruire i popoli Italiani, che in esse parevano allora assai rozzi» (*Stor. della Lett. ital.*, tomo III, lib. III, pág. 210). No muy amigo de las cosas de España, procuró el mismo Tiraboschi atenuar esta confesion, afeando duramente el error de Claudio, respecto del culto de las imágenes (ut supra). El docto Juan Alberto Fabricio lamentaba en su *Biblioth. mediae et infimae latinitatis* el que no se hubieran dado á luz todas las obras de este español ilustre, conservadas en las Bibliotecas Vaticana, Colbertina, Parisiense, etc. Es en efecto sensible, segun se deduce del P. Felipe Labbé (*Dissert. hist. script. ecclesiast.*), Ricardo Simon (*Hist. crit. Novi Testamenti*), Mabillon (*Analectae*, tomo I), Le Long (*Biblioth. exeget.*), y otros, que no se haya podido fijar el número de las obras debidas á Claudio. Las más notables, fuera del *Apologeticus adversus cultum imaginum* que le dió triste celebridad, son: *Explanationes in Evangelium Sancti Mathei*, libri tres; *Commentarium in Epistolam ad Romanos et in duas ad Corinthios*; *Expositio in Pentateucum*; *Id in libros Iudicum, Ruth, etc.*; y finalmente *Commentaria in Psalmos et concordiam Evangelistarum*. Tambien se le atribuye una *Chronica* con el título *De sex mundi aetatibus*, si ya no es, como algunos quieren, que sea esta obra mero compendio de la misma crónica, abrazando hasta el nacimiento del Salvador (Rodriguez de Castro, *Bibl. de escrit. españoles*, tomo II, pág. 434).

² El diligente Andrés Du-Saussay, obispo de Ful, se expresa del si-

sajero restablecimiento de los estudios latino-eclesiásticos, olvidados de nuevo en medio de las discordias que despedazaron el imperio de Carlo-Magno; pero mientras se agostaban, antes de florecer, aquellas precoces plantas que parecian haber brotado llenas de vida, patrocinaba la Iglesia los piadosos acentos de Teodulfo y de Galindo; y desaprobando los errores de Claudio, á quien las supersticiones paganas de los italianos condujeron al extravio de los iconoclastas, guardaba entre sus más preciados tesoros los himnos de los dos primeros, introduciéndolos al cabo en la liturgia ¹.

guiente modo, hablando de Prudencio Galindo: «Este español, condecorado con las vestiduras sagradas é ilustre principalmente por el celo de la religion y por su ciencia en las Santas Escrituras, refugiado en Francia para evitar la saña de los sarracenos, cautivó el amor y la admiracion universal al punto de que fallecido Adalberto, obispo de Troyes, fué elegido por clero y pueblo prelado de la misma ciudad, ilustrando, como luz colocada en candelero, no sólo esta Iglesia, sino toda la Francia, con el egejemplo de su santidad y con los rayos de su divina sabiduría. Fué honra y delicia de los obispos de su tiempo, defensor de la pureza de la fé y único oráculo de la sabiduría sagrada» (*Martyr. Francor.*, día XVI de abril). Nicolás Camuzat (*Sacrar. antiquitat. Tricasinæ dioecesis*), y despues Barthio (*Advers.*, lib. XVIII, cap. II), dieron á luz las pocas poesías que se conservan de Prudencio Galindo, habiéndose perdido parte de los himnos religiosos, á que parece referirse el obispo de Ful en el elogio de que tomamos las líneas que anteceden, si bien el abate Le Boeuf, al final del tomo I de su *Crítica de los anales Bertinianos*, puso algunos breves extractos de ellos. Los versos dados á luz por Camuzat fueron puestos por el mismo Prudencio al frente de un *Libro de Evangelios*, regalado por él á su Iglesia (*Histoire littéraire de la France*, tomo V, pág. 253).

¹ Entre las numerosas poesías de Teodulfo, mencionadas por Tiraboschi y ordenadas en dos libros diferentes por el celebrado obispo de Orleans, se cuenta el himno que entona la Iglesia en la procesion del Domingo de Ramos, escrito durante la prision en que le tuvo Ludovico Pio en el castillo de Angers. Principia así:

Gloria, laus et honor tibi sit, Rex Christe Redemptor,
Cui pulchre decus prompsit Hosanna pium:
Israel es tu Rex, Davidis et inclyta proles:
Nomine qui in Domini, Rex benedicte, venis.

(Lib. II, carm. III.)

Ginguené dice que en este himno, compuesto en la primera mitad del si-

Y no solamente llevando á otras regiones la ciencia acaudalada en sus escuelas daba España claras señales de que aun agobiada bajo el peso de la morisma, no se habia extinguido en ella la peregrina civilización, iluminada por el genio de los Leandros é Isidoros. Llamado de la fama de aquellos celebrados gimnasios, estatuidos por el IV concilio de Toledo, acudia, durante el mismo siglo IX, el benedictino Usuardo á recibir en ellos fructuosa enseñanza, y doblaban los Pirineos con igual propósito en el siguiente el italiano Gualtero y el francés Gerberto, á quien elevaba la Iglesia en 999 al gremio de sus pontífices, con el nombre de Silvestre II. Osado y tal vez censurable parecerá sin duda en nosotros el que, separándonos de la comun creencia, nacida en las leyendas de la edad media, y acariciada hasta nuestros dias por los que se precian de más doctos y competentes en materias de crítica, pongamos aquí en duda que las escuelas arábicas tuvieron la gloria de haber formado la educacion literaria de Gerberto. Pero ni la verdad histórica nos consiente patrocinar tan aventurado aserto, ni fuera tampoco ya cordura, realizados los precedentes estudios, el confundir las disciplinas liberales, cultivadas en las basílicas, monasterios y catedrales cristianas, con las artes enseñadas en Córdoba y Sevilla por los sarracenos hasta el siglo XII.

Bueno será advertir desde luego que no existe documento alguno coetáneo que justifique plenamente la suposición que combatimos; y no es para olvidado el saber ante todo que en ninguna parte de sus numerosas epístolas, ni en las demás producciones que se han trasmitido á nuestros dias del mismo Silvestre, se hace mencion alguna de su permanencia y vida escolástica entre los árabes. Fué el primero que entre sus coetáneos apuntó la sospecha de que habia cultivado las artes mágicas, Sigeberto Gemblacense; y reconocida la superioridad científica que le lleva al pontificado, cundió en medio de la ignorancia que lloraba Europa,

glo IX, se encuentran las rimas; pero no con entera exactitud, pues sólo en el primer verso se comete la figura homoeptoton (Véase la *Ilustracion* I.^a de este volumen). Los himnos eclesiásticos de Prudencio Galindo no llegaron á ser tan generalmente adoptados.

aquella singular creencia, dando origen á las fantásticas narraciones que al mediar del siglo XIII toman plaza en las historias eruditas ¹, y que aun consideradas cual simples leyendas, logran entrada en las obras de los doctos, contribuyendo á extraviar en nuestros dias los fallos de la crítica, adulterada la verdad histórica ².

Cierto es por desgracia que no ha carecido este error de raices en nuestro suelo, reconocida por autores muy autorizados la venida de Silvestre á la Península, y tenida por cosa indubitable desde el siglo XVI su educacion científica en las escuelas mahometanas. Expusieronlo así distinguidos historiadores del pontificado, asentando con extremada certenidad que habia salido de ellas «consumadísimo en todas las artes de humanidad y en muchos secretos de naturaleza» ³; y á tal punto llegaba el imaginar, que

¹ Aludimos al *Speculum historiale* del celebrado maestro de San Luis, Vicente Beauvais, libro ya citado y que fué remitido por el mismo rey de Francia á don Alfonso el Sabio, y conservado con grande estima en la libreria de la Reina Católica, segun en lugar oportuno consignaremos.—Beauvais narra, entre otras maravillas relativas á los secretos aprendidos por Gerberto de los sabios musulmanes, la expedicion subterránea que hizo en Roma, donde halló magníficos salones, iluminados de infinitas lámparas y llenos de estatuas de mármoles y oro, en cuyas sienes brillaban coronas de oro y rica pedreria, manifestando que murió á poco, no sin que en su fin influyera el efecto de su propia magia. Dos siglos despues se afirma y repite sin género de rebozo que Gerberto «ambitione et diabolica dominandi cupiditate impulsus... Pontificatum..., adiuvente diabolo, consecutus est» (Platina, *Hist. Pontif., Vita Silvestris II*).

² Villemain, *Tableau de la Litterature du Moyen age*, tomo I, págs. 122 y 123 de la edicion de 1852. Véanse las notas siguientes.

³ Á Platina, que florece de 1440 á 1481, siguió Antonio de Florencia, afirmando que venido Gerberto á España, permaneció entre los mahometanos, estudiando en sus escuelas por espacio de cuatro años, con estas palabras: «quadriennium etiam ita imbibit ut illas artes, quas liberales vocant, iam dudum oblectas, in Galliam revocaret» (*Pars. hist.*, tit. XVI, cap. I). Recibida esta noticia entre los eruditos del siglo XVI, que vieron á Antonio Florentino como infalible oráculo, extendióse en breve con grandes aumentos. Gonzalo de Illescas, autor por otra parte digno de respeto, llegaba en efecto á sentar los asertos que en el texto acotamos (*Hist. Pontif.*, lib. V, cap. I). Con él se abroquelaron otros muchos historiadores, copiando casi al pié de la letra sus palabras.

sólo faltó ya decir los nombres de los maestros y los libros que le sirvieron de texto en la enseñanza; para que tuviese digna corona la leyenda.

Pero ¿en qué escuelas árabes estudió Gerberto? Determinarlo era empresa difícil; y divididos los intereses, ya se adjudicó esta gloria á Sevilla, ya se atribuyó á Córdoba, ya en fin se concedió á Toledo; perplejidad que manifestaba sin más probanza lo aventurado de cualquiera de las expresadas afirmaciones ¹. En cambio documentos auténticos y autores coetáneos declaraban la ocasion, el momento, y el patrocinio bajo que había pasado el futuro Pontífice los Pirineos, y daban á conocer dónde, cómo, bajo qué direccion y en compañía de quién había hecho sus estudios, calificándolos al propio tiempo.—Gerberto, iniciado en el cultivo de las letras en el monasterio de Aurillac, fué enviado en 964 por el abad Geraldo de San Sereno á Borrel II, conde de Barcelo-

¹ El más antiguo de los cronistas de la edad media que apuntó la especie que tan extraordinario incremento recibe despues, fué el monje Abdemaro: este trajo á Gerberto desde Francia á Córdoba: «causa sophiae primo Franciam deinde Cordubam, lustrans», etc. (Labbé, *Bibliot. nova, Mss. libr. t. II*, página 151): desconociendo tan singular testimonio, afirmaba el ya citado Platina, y con él Antonio de Florencia, Estella y otros, que vino á Sevilla: «Hispalim civitatem Hispaniae, bonarum artium causa pervenit;»—«Ut bonarum artium operam daret, primo ad Hispalim, Hispaniae urbem, accessit.»—«Hispaniam petiit, veniensque Hispalim, quae nunc Sibilis vocabatur, ibidem diu mansit», etc. Divididos los escritores del siglo XVI en dos bandos, disputaron largamente sobre este punto: Bravo, y los cordobeses insistieron en dar á su patria esta gloria (*Catál. de los obispos de Córdoba*, pág. 214): Illescas, Morgado, Caro y otros la adjudicaron á Sevilla (loco citato; *Historia de Sevilla*, libro I, cap. XIII; *Antigüedades de Sevilla*, lib. I, cap. XIV). Y como si no fuera ya bastante esta divergencia de pareceres, el docto Villemain, que no halló sin duda comprobada la pretension de cordobeses y sevillanos, escribió al intento que «voulant [Gerberto] étendre ses connaissances et s'enfoncer dans les arts profonds de l'Orient, se rend à Tolède. Là (prosigue) pendant trois ans, il étudia les mathématiques, l'astrologie judiciaire et la magie, sous des docteurs arabes» (*Tableau de la littérature au moyen age*, t. I, pág. 122). En la siguiente página, no satisfecho de los tres años de Toledo, añadía: «Cet homme qui était allé étudier à Cordoue les merveilles de l'Orient», etc. ¿En qué escuelas árabes estudió pues el honrado Gerberto?... Dejemos la averiguacion á los filo-arabistas, y prosigamos nuestro estudio.

na, para que estudiase en sus dominios las disciplinas liberales ¹: encomendábale el conde al obispo Hatto, que lo era de Ausona (Vich) desde 960, gozando merecida reputacion por su talento y por su doctrina ²; y hermanado en su escuela con Joseph, Lupito y Bonfilo, á quienes guarda toda su vida entrañable afecto, mostrábase grandemente aprovechado en las artes ingenuas, y muy principalmente en las ciencias matemáticas ³.

¹ Hugo, abad del monasterio Flaviacense, de quien afirma el docto Mabillon que ninguno de los antiguos escribió con mayor esmero de Gerberto, (nullus veterum acuratus de eo scripsisse) decia al propósito: «Hic in coenobio sancti Geraldii, apud Aureliacum, nutritus fuit, grammaticaque est eruditus, et ab abbate loci Borrello, Citerioni Hispaniae Duci, commissus ut in artibus erudiretur,» etc. (Labbé, *Bibliot. nova Mss. librorum*, t. I, pág. 157). Otro escritor francés, no menos sabio que el referido Mabillon, el celebrado abad de Loc-Dieu, valiéndose del testimonio del *Chronicon Aureliacense*, que como tan doméstico lo es de excepcion, observaba igualmente que «despues de estudiar en Aurillac la gramática, fué enviado Gerberto por Geraldo de San Sereno al conde Borrell de Barcelona», etc. (*Hist. Ecclesiast.*, lib. LVII, párrafo XX). Mabillon refiere este hecho al año de 964.

² El referido Hugo decia, prosiguiendo la narracion indicada: Et ab eo [Duce Borrello] Haittoni, cuidam episcopo, traditus est instituendus (loco citato): lo mismo repite el *Chronicon Aureliacense* alegado por Fleury (idem, idem). Respecto del año en que Hatto fué elegido obispo y de cuál fué su silla, remitimos á los lectores al t. XXVIII de la *España Sagrada*, obra póstuma del sabio Florez, donde con abundante copia de datos se fijan de una manera irrecusable (pág. 92 y siguientes). Hatto, segun el doctísimo testimonio de Mabillon arriba indicado, llevaba ya cuatro años de gobernar la silla de Ausona, cuando el conde Borrell II le encomendó la educacion científica de Gerberto.

³ Hugo Flaviacense decia en el referido Cronicon Virdunense: «Apud quem [Haittonem] plurimum mathesi studuit» [Gerbertus]. Y el abad de Loc-Dieu, repetia, siguiendo siempre al *Chronicon Aureliacense*: «El conde Borrell de Barcelona, le dió por maestro un obispo, llamado Haiton (Hatto), con el cual aprendió las matemáticas, en cuya ciencia salió docto» (ut supra). Desconociendo el caballero Tiraboschi todos estos testimonios, y poco benévolo con los españoles, ya fuesen árabes ya cristianos, afirmó que Gerberto se habia ejercitado sólo en el monasterio de Aurillac *ne buoni studi*; y perdida así toda brújula, añadía al mismo tiempo que deseoso de tratar y conocer los hombres más famosos por su ciencia, fué á Roma «con Borrello conte di Barcellona, e con Aitone, vescovo di Ausona in Catalogna», que eran «due, di essi» (*Stor. della litter. ital.*, t. III, lib. III, cap. IV). Fijados los hechos,

Permaneció en aquel gimnasio hasta el año 970, en que dispuesto á pasar á Roma Borrel II, llevó consigo al obispo Hatto, como prelado tan principal, y este al monje Gerberto, como uno de sus más ilustrados discípulos ¹.—Conocióle allí y tuvo ocasion de admirar su ciencia Adalbero, obispo de Reims, quien deseoso de hacer partícipe á su clero de la doctrina por Gerberto atesorada, brindábale con la escuela catedral de su diócesi ², donde lograba tener por discípulo, entre otros distinguidos varones, al

no puede mostrarse más claro el extravío de Tiraboschi, á cuya erudición no pudieron ocultarse sin duda las mismas fuentes históricas, adonde habían acudido los respetables Maurinos, cuando al tratar de la educación literaria de Silvestre II, escribían: «Is, teste Hugone Flaviacense, in *Chronicone Verdunensi*, in coenobio S. Geraldii apud Aureliacum nutritus, grammaticaque eruditus, et ab eius loci abbate commissus Borrello, Citerioris Hispaniae Duci, ut in artibus erudieretur, atque ab eo Aittoni Ausonensi episcopo traditus est, apud quem plurimum mathesi studuit» (*Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, t. IX, pág. 271.) Conste sin embargo que el autor de la *Historia literaria de Italia* no dijo que Gerberto estuviese en Córdoba, ni en Sevilla, ni en Toledo.

¹ Verum praedicto Duce [Borrello] cum episcopo [Haittone] Romam eunte, idem [Gebertus] cum eis profectus [est] (Hugo Flaviacense, loco citato). Á este hecho no opuso, como se ha visto, dificultad alguna Tiraboschi; pero sin decir cómo Gerberto había conocido al conde, ni al obispo, y dejando por tanto en tinieblas esta parte de la historia, que tan doctamente ilustraba: los filo-arábigos no se han curado de estas circunstancias; y sin embargo, reparando en que Gerberto pasó los Pirineos bajo los auspicios de Borrell II en 964, y que en el otoño de 970 estaba ya en Roma con los expresados personajes (*España Sagrada*, tomo XXVIII, pág. 96), es evidente que sólo permaneció en España por el espacio de seis años. Si atendiendo á satisfacer todos los deseos de estos escritores, señalásemos tres años para los estudios *des arts profonds* de Toledo (Villemain); cuatro para las *artes liberales* de Sevilla (Platina, Antonio de Florencia, etc.), y tres por lo menos para las *ciencias* estudiadas en Córdoba (Abdemaro, Bravo, etc.), resultaría casi duplicado ese período. Pero no aumentemos el embarazo de los que así se han apartado de la verdad histórica, contentándonos únicamente con fijar los hechos.

² Mencionado el viaje á Roma, añade Hugo Flaviacense: «Et propter actus notissimus, ab eo Ottoni regi est intimatus, et cum Adalberone, Remensi episcopo, Reims venit» (loco citato). Gerberto volvió á Roma con el mismo prelado, no siendo ya tan interesantes para nuestra investigación los demás sucesos públicos de su vida.

príncipe Roberto de Francia; gloria que alcanzó también más adelante respecto de Othon III, no sin propio engrandecimiento. Las sillas arzobispales de Reims y de Ravena fueron premio á los desvelos del esclarecido discípulo de Hatto, abriéndole al cabo el camino de la tiara.

Hé aquí pues lo que respecto de la educación y vida literaria de Silvestre II nos advierten los únicos documentos dignos de crédito que han llegado á nuestros días: por su propia declaración, consignada en sus cartas, nos es dado también añadir que ya en la escuela de Reims, ya en la corte de Hugo Capeto, ya en el consejo de Teofania, recordaba el discípulo de Hatto con noble gratitud la memoria de aquel ilustre obispo, que animado de meritorio celo, le había mostrado el camino de la ciencia; y mientras era tenido en medio de la barbarie de su siglo por encantador y hechicero, dirigía una y otra vez notables epístolas á Bonfilo y Lupito, elevados ya á las sillas de Gerona y de Barcelona, pidiéndoles diferentes tratados, así de *aritmética* como de *astrología* ¹. Cansado de guerras y trastornos en el suelo de Italia, echaba de menos la tranquilidad gozada al lado de aquellos varones en el

¹ En la Epístola XXV, dirigida á Bonfilo, decía en efecto: «De multiplicatione et divisione numerorum Iosephus Hispanus sapiens, sententias quasdam edidit; eas pater meus Adalbero Remorum archiepiscopus vestro studio habere cupit» (*Hist. Franc. Script.*, tomo II, pág. 794). En otra Epístola (la XVII) á Geraldo, abad de Aurillac, le habla del mismo libro, adquirido ya por el abad Guarnerio (pág. 792). En la XXIV escribía á Lupito entre otras cosas: «Itaque librum de Astrologia, traslatum a te, mihi petenti, dirige» (página 793). Conviene advertir en este lugar que la palabra *astrologia* aun determinaba entonces principalmente la ciencia astronómica, pues aunque existía ya entre una y otra la diferencia que señala San Isidoro en el cap. XXVI del libro III de los *Orígenes*, no tenía aun la primera la supersticiosa importancia que recibe de manos de los orientales desde el momento en que toma el nombre de *judiciaria*. Silvestre II dá razon del género de astrología que cultiva, cuando en la Epístola CXLVIII promete á Remigio, monje de Tréveris, un libro que escribía á la sazón sobre la esfera (*Sphaerae librum*), en cambio de una copia de la *Achileida*. Es importante advertir que en ninguna de sus numerosas cartas alude al *arte notoria* ó de adivinanza, que era tenida entre los musulmanes por *ars et scientia sancta* (cap. XIV, nota 1 de la pág. 195), ni menos á la *alquimia*, en que sin autoridad ni buen consejo, se ha pretendido suponerle también iniciado.

tiempo de sus estudios; é incitado por los amistosos ruegos del abad Guarin, llegaba á pensar sériamente en restituirse á España para consagrarse de lleno, en el seno de sus antiguos amigos y condiscípulos, al cultivo de las ciencias ¹.

Si pues estas, y no otras, son las enseñanzas que nos ministran los más autorizados testimonios y las mismas cartas de Gerberto; si en ningun pasaje de ellas se hace mencion, no ya de las escuelas arábicas de Toledo, Córdoba ó Sevilla, en que indeterminada y vagamente se dice haber estudiado, pero ni aun de los libros y doctrinas más celebrados de los sarracenos; si en cambio de esta oscuridad absoluta sabemos positivamente quién le envia á la Península, quién le instruye en el conocimiento de las matemáticas y de las demás disciplinas liberales, dónde reside, con quién se hermana en sus estudios, inclinados antes y despues á la erudicion clásica ², y con quién y cuándo sale de España, ¿cómo hemos de suponerle literariamente educado por los árabes, arrebatando ciegameute esta legítima gloria á las escue-

¹ Sobre estos últimos hechos pueden consultarse las Epístolas XLV, LXXII y XCI.—En ninguna de cuantas escribe se hace mencion, ni aun remotamente, de los árabes ni de sus escuelas, lo cual no se comprenderia á ser cierta la suposicion que desvanecemos, sin atribuir á Silvestre II ingratitud inaudita.

² Téngase en efecto muy presente que, hablando en diferentes epístolas de las artes liberales y de las letras, lejos de hacer mencion de las arábicas, pagó el tributo de su admiracion á las clásicas: entre otros pasajes que pudiéramos citar, recordamos el siguiente, tomado de la Epístola LXXXVII, en que califica dignamente á Ciceron. Dice á Constantino, escolar Floriacense, como lo fué Hugo, su más autorizado cronista: «Comittentur iter tuum tulliana opuscula et *De Republica* et *In Verrem*, et quae pro defensione multorum plurima *Romanae eloquentiae parens* conscripsit» (pág. 809 de los *Hist. Franc. Script.*). Quien de esta manera juzga á Marco Tulio, pudo dar atinadas lecciones de *Rethorica*, de que escribió en efecto un breve tratado, segun manifiesta á Bermudo, monje de Aurillac (*Rec. des Hist. des Gaul. et de la Franc.*, epíst. XXII del tomo IX, pág. 279). Mas no se pierda de vista que la superioridad alcanzada por Silvestre sobre sus coetáneos, aquella que le hizo ser tenido como sócio de Satanás (*diabolum secutus*), consistia principalmente en el conocimiento de las *matemáticas*, ciencia que, segun vá demostrado, estudió bajo el magisterio de Hatto, obispo de Ausona (*apud quem plurimum mathesi studuit*).

las cristianas? ¿Cómo hemos de olvidar que al adoptar, sin el debido exámen, semejante opinion, se ha perdido de vista lo que eran entre los musulimes las disciplinas liberales?...

«Cuando el monje Gerberto atraviesa los Pirineos, para buscar la luz que ambicionaba (ya lo hemos insinuado y conviene aqui repetirlo), no solamente se habia doblado entre los musulmanes la filosofia aristotélica á las exigencias de una teologia sistemática y enmarañada, como lo fué desde su cuna la de los sectarios de Mahoma ¹, sino que alteradas las mismas artes que le servian de fundamento, habian tomado plaza entre ellas la nigromancia, la piromancia y la geomancia, á que servia de corona el *arte notoria*, adulterando más y más la nocion pura de la filosofia del Estagirita ². Conservada esta en cambio en los libros de Casiodoro, y trasmitida despues á los del celebrado doctor de las Españas, hallábase connaturalizada en las escuelas clericales, que sobreviviendo á la destruccion de la monarquia visigoda, habian resplandecido en las regiones orientales de la Península á vista del mozárabe San Eulogio ³. Hermanados allí los estudios de las siete disciplinas con los de la literatura greco-romana (por más degenerada que se la suponga), de la misma suerte que

¹ Véase lo que sobre este punto expusimos en el cap. XII, págs. 78 y 79.

² Al examinar en el siguiente volumen la memorable época de don Alfonso el Sabio, tendremos nueva y más oportuna ocasion de explanar estos asertos: conveniente nos parece sin embargo recordar lo expuesto en la nota 1 de la pág. 195, en el capítulo precedente.

³ Para comprender hasta qué punto es exacta esta observacion, bastará recordar la *Vida de San Eulogio*, debida á Álvaro Cordobés, y la *Epístola á Wiliesindo*, escrita por el mismo santo en 851. De uno y otro documento, que en lugar oportuno quedan citados (cap. XII), se deduce claramente que así los monasterios como las iglesias de la España oriental eran otros tantos centros de cultura. Paulo Álvaro, despues de indicar, con el testimonio de Eulogio, la acogida que tuvo este en dichos monasterios, añade: «In quibus multa volumina librorum reperiens, abstrusa, et pene a multis remota, huc [Cordubam] remeans, suo nobis regre adduxit» (*Vit. B. Mart. Eulog.*, número IX). Los principales monasterios fueron: el de Leire [Legerense], el de Cillas [Celense], el de Urdax [Hurdaspalense], y el de Igal [Igalense] (*Epístola ad Wiliesidum*, núm. XIII). Eulogio recordaba con extraordinario entusiasmo estos asilos de la virtud y de la ciencia, donde habia hallado en toda su pureza la ciencia y la tradicion isidorianas.